

las becas y concursos, así como los jurados encargados de juzgar la calidad de las obras, se muestran reacios a declarar *desiertos* un concurso o una convocatoria cuando sea éste el caso, y no son claras las razones que puedan tener para premiar casi siempre la mediocridad. De tiempo atrás, entidades como Colcultura, y más recientemente el Ministerio de Cultura, y el Instituto Distrital de Cultura y Turismo se han convertido en los más ricos filones a los que recurren cada vez en mayor cantidad toda clase de escritores mediocres, dramaturgos fallidos, pseudoensayistas y poetastros en busca del dinero y el prestigio que estas entidades suelen repartir a manos llenas, y, como se dijo antes, no se conocen las causas para que esto siga sucediendo. Se oye hablar a veces de influencias, de fallos comprados, de jurados de "bolsillo"... Otra causa de la mediocridad imperante dentro del medio literario en nuestro país podría achacarse al reciente florecimiento de la industria editorial, lo cual ha propiciado que, junto a empresas serias y poderosas, surjan al margen de las mismas otras pequeñas que, por competir en el mercado, editan cualquier cosa. Así, como está la situación, para las empresas editoriales, tanto las grandes como las chicas, no hay libro malo, sino mal promovido en el ámbito comercial. Finalmente, debe quedar claro que no hay nada malo en crear becas y concursos que repartan el dinero a manos llenas; por el contrario, esto es lo más justo y deseable, siempre y cuando los favorecidos con los premios sean los mejores. Es bueno, así mismo, que nuestra industria editorial crezca, pero sin olvidar que a la larga las obras que ofrecen auténtica calidad son verdaderamente las mejores en términos comerciales, en tanto que las mediocres no pasan de una primera edición, pese a que por efectos de una promoción comercial masiva hayan gozado de un éxito inicial. Habría que ver hasta qué punto *Sherezada cuenta de nuevo*, la "novela" de Rodrigo Argüello, no es el producto de la generosidad o la ceguera de un editor. Eso queda al criterio de los lectores.

ELKIN GÓMEZ

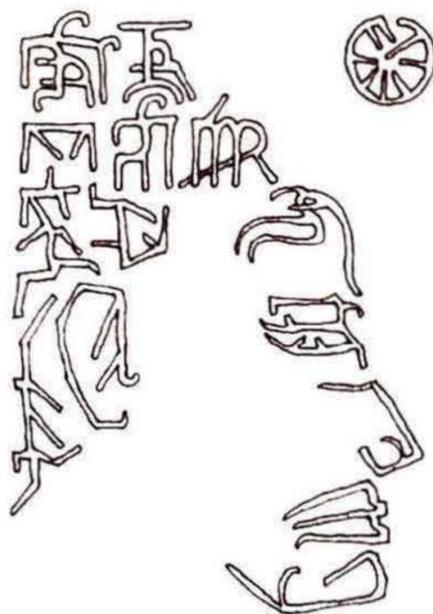
Cuando se escribe de memoria

De memoria

Iván Hernández

Editorial Norma, La Pequeña Biblioteca, Bogotá, 1998, 84 págs.

No sé realmente qué es lo que me cautiva de este texto que se detiene en el entorno familiar, con ribetes de realidad nacional como telón de fondo. Tal vez sea la sencillez de su lenguaje, que discurre con una oralidad premeditada, o la ingenuidad aparente con que se asume el tema, la vida apacible de una familia ibaguereña en la década de los cincuenta.



El título sugiere que el libro es una descarga de recuerdos. O que obedece a una necesidad de contar sin ninguna elaboración y por lo tanto puede tener vacíos y desarticulaciones, como sucede cuando uno se atiene sólo a la memoria. Los editores, con mucha complicidad, advierten que puede ser o no una novela. Lo cierto es que el lector se adentra con curiosidad por el anecdotario —porque el texto también es eso, una suma de anécdotas que se entrelazan para contar una historia— y, sin apenas percatarse de ello, se encuentra con una protagonista gorda, como dejada del mundo y de la vida, en un final marcado por la muerte de sus padres. Éstas ocurren casi que apresuradamente, como si les doliera prolongarse en la reducida paginación del libro. No conmueven porque la narradora tam-

poco lo hace y sin fuerza describe su recuerdo en un escenario que identifica una ciudad que ya no existe. Por cuanto el drama humano no conmueve, dudo mucho de su penetración en lectores que no tienen referencia de la época, o en aquellos cuya identificación sólo puede rozar los linderos de la nostalgia.

El lector ha leído de un tirón el libro y le queda un vacío que no sabe precisar. Pareciera como si los personajes no se definieran del todo, salvo la narradora que se reconstruye en sus recuerdos, pensamientos e inseguridades. Y tampoco la protagonista construye su propia vida y, quizá por ello, se congela en la muerte de sus padres para convertirse en un muerto más, sin ninguna acción heroica.

Muchos personajes parecen puestos ahí por lo inevitable del recuento, apenas compañeros ineludibles de la narración. Quizás, a la manera de la novela decimonónica, las descripciones del entorno sean más vitales que la acción y sólo permitan el reconocimiento de lugares, anclados en una época que para algunos lectores carece de importancia. Pero las acciones se quedan cortas, se truncan, precisamente porque en el transcurrir de la vida de la narradora muchos compañeros de viaje apenas tocan la vida de la protagonista, no la conmocionan, y pasan sin romperla ni mancharla, sin ser definitivos en su acción a través del relato, que, en estas condiciones, no pasa de ser ameno; es decir, no conmueve a pesar del drama que lleva implícito.

Veamos:

Telmo, así se llamaba él, fue por mucho tiempo personaje de la pequeña ciudad en que vivíamos. Aunque estaba ciego a raíz de una enfermedad, la recorría de un extremo a otro con la seguridad de quien posee ojos perfectos (pág. 13).

Este personaje pintoresco sólo es importante en la medida en que aparece ahí, como una visión de la narradora que lo describe sin recibir de él ninguna emoción definitiva. ¿A qué debe su existencia en el relato? ¿A su textura de crónica? Y así sucede con otros amigos de infancia, de estudio, que son estampas pegadas en secuencia sin acciones que

enriquezcan o empobrezcan la vida que late en la ficción. No hay desgarramientos que conmuevan y no se plantea una problemática que necesite solución y, por lo tanto, no hay tensión.

Gaiskar tenía entonces catorce años y podía decirse que vivía solo. Me impresionaba que a pesar de no ser sino ellos dos en el mundo, vivieran tan lejos uno de otro. Mesié salía en la mañana para el conservatorio y volvía en la noche. Gaiskar permanecía en la casa el día entero. Seguramente él mismo se preparaba la comida, pues nadie iba a su casa a ayudar en los oficios (pág. 46).

El *podía decirse* y el *seguramente* forman parte de esa inseguridad de la narradora que la lleva a colocar a los personajes como secuencias de su memoria. Y eso que Gaiskar, de estudiante, fue su novio.

El lenguaje, como dijera al principio, me parece de gran sencillez y éste, que pudiera ser su mayor defecto, sobre todo en medio de una literatura colombiana caracterizada por la grandilocuencia y el rebusque verbal, pienso que a la postre deviene en su mayor acierto, y esa vida contada de memoria pugna por ganarse un sitio en la memoria del lector para permanecer ahí como un agradable recuerdo.

BENHUR SÁNCHEZ SUÁREZ

Nudos y callejones sin salida

De memoria

Iván Hernández

Editorial Norma, Bogotá, 1998,
84 págs.

La contraportada de *De memoria* es tentadora. Presenta un escrito que "no es una novela ni un libro de relatos", y promete al lector "un tono, una atmósfera y una verdad". Pero basta con leer las primeras páginas para darse cuenta de que es todo lo contrario. *De memoria* es un

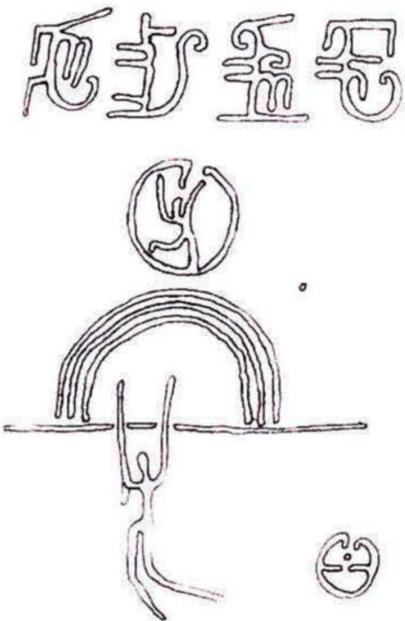
relato, primero que todo: el de una mujer que cuenta recuerdos de su niñez, de su familia, colegio, viajes y mudanzas. En cuanto al formato, es el de un diario recreado, y no el experimento amorfo que se anuncia. Lo que sí fue difícil de encontrar fue lo prometido. Creo que la causa de estas inconsistencias estéticas se halla en el travestimiento sexual y cultural que sufre el autor para convertirse en la narradora.

Primero, el personaje principal —o el único que parece un personaje creíble— no experimenta una evolución espiritual aparente durante la historia, ni mientras la escribe. Esto es desconcertante porque la razón misma de la escritura confesional femenina de diarios es el de liberarse a través de la formulación clara, de la manifestación libre de ideas y sentimientos. La narradora se contenta con lamentarse de haber crecido dentro de una casa sin poder jugar con los niños que veía afuera desde la ventana, pero a la vez se queja de no haber tenido fiesta de quince años, lo que en sí da indicios de una personalidad contradictoria: desde el principio, el personaje presenta una falla trágica.

Otra contradicción en el personaje principal se halla en la descripción de la relación con su madre: el autor las pinta como dos compañeras que pasan horas juntas, siempre dentro de la casa, pero sin ser confidentes: su relación sólo se basa en vestidos y decoración. Sin embargo, por alguna razón, la hija describe con detalle la pérdida de la inocencia de la madre en el internado, cuando es testigo de una escena de lesbianismo. Esta incoherencia hace que la relación entre madre e hija sea desarticulada y poco creíble. Da la impresión de que dicha cercanía entre las dos es descrita desde afuera, por un observador no muy informado, que especula.

Finalmente, el personaje principal en sí es decepcionante, aunque esta pudo haber sido una decisión deliberada del autor. Su caracterización es básicamente insulsa: en la historia, ésta vive adentro de una casa toda su vida y duerme siempre con la puerta cerrada, pero, valga la ironía, nunca desarrolla un mundo interior. Aunque estas características pueden interpretarse como una crítica del autor hacia la educación de las mujeres, uno no puede dejar de sen-

tir que el autor subestima a su personaje, o que crea un estereotipo no muy esperanzador de las mujeres que vivieron en cierta época en una sociedad católica. Teniendo en cuenta que la de la niña es la única voz que se escucha en el relato, uno se pregunta sobre la efectividad de esta caracterización.



El segundo disfraz con que se cubre este autor parece ser de origen cultural. El libro da la impresión de haber sido pensado en inglés y escrito en español. No lo digo por la forma —el autor escribe correctamente y no comete anglicismos— pero los comete todos en el estilo, en la estética misma del libro. Este es cerebral, áspero, simple y modesto. Es narración al estilo de Virginia Woolf, pero con la diferencia de que queda por descubrir qué tanto se molestó el autor en crear un subtexto. No hay entredicho, ni complejidad, pero sí muchos callejones cerrados. Ahí es donde está el abismo. Lo que el autor dejó de decir simplemente no está ahí. Si Woolf es capaz de escribir una novela acerca de un faro que se ve por la ventana de una casa e ilustrar con esta circunstancia la esencia de los sentimientos humanos, el personaje de Hernández se queda literalmente mirando por la ventana, sin saber muy bien lo que siente, aparte de una confusa tristeza, que el autor no logra descifrar.

Sería interesante imaginarse el experimento contrario: cómo escribiría Virginia Woolf con una educación católica de pueblo —como la de la narradora— o si simplemente alguien la hubiera puesto en un bus, en el Tolima, en una era bastante posterior a la suya. De pronto no hubiera perdido su naturalidad.